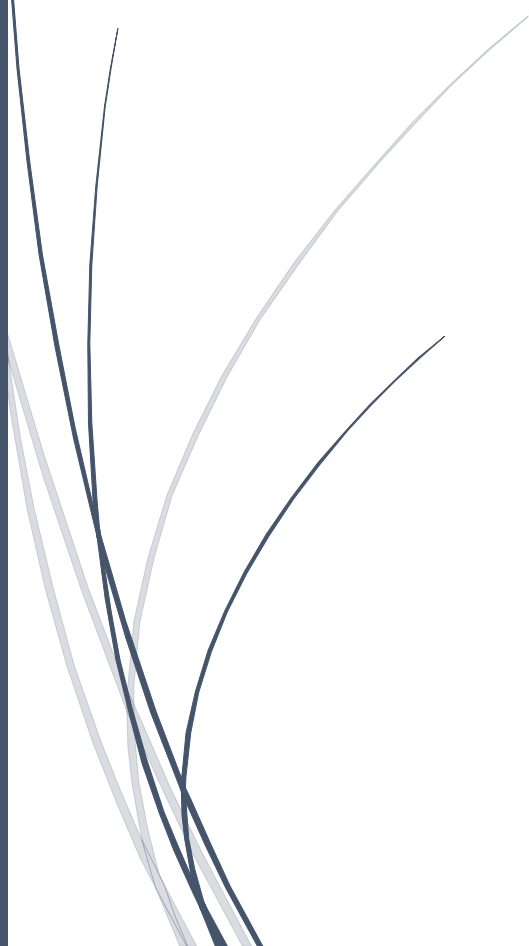


PARTICIPARTE: RELATO  
FLAMENCO 3

TÍTULO: La pena negra  
SEUDÓNIMO: Sacromonte  
CATEGORÍA: Relatos flamencos



## La pena negra

El cantar del gallo le heló el corazón en mitad de una pesadilla. Se despertó sudando con el miedo pegado al sueño, como si nunca se pudiera deshacer de él. Poco a poco empezó a calmarse, a medida que tomó de nuevo conciencia de su sitio en el mundo. Disfrutó, algo más calmada, un tiempo robado al día, en su cama, arropada con la sábana blanca hasta la cabeza. Escuchó a los gitanos que todavía seguían de fiesta después de una noche sin dormir. El olor a café de puchero y a pan tostado en la lumbre, la entristecía al recordar su infancia. Había dormido con la carta apoyada en su pecho, como si al hacerlo pudiera sentir a su gitano, retenerlo para siempre a su lado. La escondió en el mandil para sentirlo cerca en el largo día de trabajo.

– ¡Vamos, niña! ¡Que se enfría el café! Que en un rato vienen las niñas a ensayar los bailes. Que luego en el tablao os quedáis dormidas, y los guiris no son tontos.

La madre, doña Antonia, había entrado como un torbellino en el cuarto de su hija.

–¿Qué guardas ahí, niña? ¿Qué tienes en el pecho?

–No es nada, madre. cosas más.

El sol iluminaba el blanco de las casas encaladas. Se escuchaba el traqueteo de los carros, de los mulos obedientes que tiraban con fuerza hasta los límites de la vida bajo el yugo del tirano látigo. Encima de los burros, con las alforjas llenas, los vendedores voceaban los mejores tomates, y las sandías más dulces. Las guitarras

se rompían en cada esquina y los canciones eran la banda sonora del barrio. Las vecinas se daban los buenos días y los hombres se despedían entre bromas hasta la noche, cuando la intimidad se dejaría pasar por las casas, y las fiestas y los cantes y la lumbre, los emborracharía de madrugadas en espera de un nuevo día de trabajo.

En casa de Soledad las tareas empezaban en la cocina, para continuar en el salón y en las cuadras.

–Hay que sacar los manteles y las sábanas y ver si están acabadas –habló autoritaria D<sup>a</sup> Antonia, que ante la pasividad de su hija había decidido poner orden en los preparativos de la boda–. Y ordenar tu cuarto, que vamos a colgar allí el ajuar entero para que las vecinas venga a verlo. A las doce nos ponemos con la plancha, y así vamos a estar hasta que acabemos. Que nos va a pillar el toro. Y luego para el baile, que de algo hay que comer.

Soledad movía la cabeza sin rechistar, obediente ante una madre que siempre había sabido guiarla. Metió la mano en el bolsillo del mandil donde había guardado la carta y pensó en él. Desprevenidas, un gato negro entró por la puerta abierta, tirando al suelo los restos del desayuno. Se quedaron petrificadas ante el animal, sin saber qué hacer: si espantarlo para que saliera pronto, o dejarlo campar a sus anchas por miedo a ser atacadas. El gato huyó sigiloso por la ventana abierta, sin ser consciente de la ruina. D<sup>a</sup> Antonia agarró con fuerza la escoba para limpiar el

desastre mientras empezó a proclamar conjuros para alejar la mala suerte: “Por la fuerza de San Nicolás, enemigo retírate, por las cuatro esquinas de Jerusalén”

La señora Angustias, una vecina, la sorprendía en pleno ritual, y se persignaba para alejar la mala suerte de su vida.

– ¡Ay, Dios mío! ¡Qué mal farío! ¡Un gato negro! –dijo la vecina conmovida.

– Sí, hija, sí. ¿Qué quería usted, Doña Angustias? – preguntó Doña Antonia.

– A ver si me podiais prestar una poquita de sal, que tengo que bajar a la plaza, pero no he tenido tiempo.

– Niña, dale un poco de azúcar a la Señora Angustias.

Soledad recogió de la mano de Doña Angustias el pequeño salero de cristal que la vecina traía vacío y lo llenó hasta la mitad. Se lo devolvió a la señora mientras esta aprovechaba para tener una pequeña conversación con la muchacha.

–¿Y tu novio, sabemos cuándo vuelve?

Soledad no supo qué responder, y quedó callada delante de la vecina.

–Cuando acabe la temporada del atún, posiblemente– respondió su madre–.

–Qué vida más sacrificada es la de la mar. Pero bueno, es lo que les ha tocado a los jóvenes. ¿Y cuando vuelva os casareis, no?

–Claro que se casarán –volvió a responder Doña Antonia–. En unos días vamos a enseñar a todas las vecinas el ajuar, que por cierto, ha quedado precioso.

–Yo me alegro, yo me alegro. Pues vendremos a verlo. Y muchas gracias por la sal.

Las sábanas blancas se plancharon con esmero, limpias, relucientes con el primer lavado: rematadas en los bordes y adornadas en el interior, colgadas de cuerdas dentro del cuarto, sin tocar el suelo y libres al movimiento del viento que las mecía en la tarde. Los camisones blancos, y los vestidos reposaban encima de la cama, al igual que las joyas, que relucían después de haberlas limpiado a conciencia. Los zapatos y calcetines descansaban en el suelo, ordenados por pares. Y en el centro, en sitio privilegiado, el traje de la novia recién terminado, todavía sin usar, con volantes en las mangas y el blanco de la seda que, con los rayos del sol, lucía con fuerza y rebeldía. Los trajes de gitana que su madre le había hecho para que se pusiera en el baile iluminaban de rojo la habitación, en un premonitorio color de desdicha. Las vecinas se acercaban entre cuchicheos. Habían subido calle arriba cantando bulerías para la novia, forzando las cuerdas desgastadas por años de cante sin fin. El negro de sus trajes de luto iluminaba aún más el blanco del cuarto de Soledad, que se iba llenando de consejos y preguntas. Todas admiraban el traje de novia, que brillaba con los rayos del sol. D<sup>a</sup> Antonia temía que la mala suerte volviera a visitarlas, y que el traje cayera al suelo y se manchara, o que alguna de las vecinas estropeará las sábanas o los vestidos al tocarlos. En poco más de una hora la casa volvió a la normalidad, y la soledad inundó de nuevo la habitación de la niña.

¿Y para cuándo la boda, Soledad?, habían preguntado las vecinas. ¿Cuando volverá Paco, Soledad? ¿Cuando te besará en el altar? ¿Cómo será la noche de

bodas? Preguntas que no sabía responder. Preguntas que no podía responder. Soledad sabía que algún día tendría que empezar a contestar.

*“Estimada, Soledad. Lamentamos informarle que D. Francisco Cortés Expósito ha fallecido a causa de un naufragio en alta mar. Su cuerpo, al igual que el de sus compañeros, no ha podido ser rescatado. Nuestro más sentido pésame”*

La noche cayó sin avisar, como un tronco podrido en mitad del bosque. Soledad intentó dormirse con la carta entre sus pechos para tenerlo más cerca. Olvidar el día para afrontar el siguiente. Esa noche bailó hasta que rompió los zapatos, como si la rabia se lo pudiera devolver. Volvió de madrugada a la soledad de un cuarto que la protegía del mundo. Hacía una semana que había recibido la carta, y desde esa noche, le costaba conciliar el sueño. Las pesadillas llegarían en un rato. Y el gallo en la mañana le helaría de nuevo el corazón con su canto de animal herido.

*Seudónimo: Sacromonte.*